

infinitas las graduaciones de todos, y las proporciones en que respectivamente pueden encontrarse, resulta que dado el tamaño de un órgano, será muy aventurado el determinar la facultad mental á que corresponde. Preciso es hacer justicia á la ingenuidad del Sr. Cubí en este punto, pues que confiesa sin ningun rodeo que « conviene mucho formarse idea cabal y completa del influjo favorable ó desfavorable del temperamento; de lo contrario se cometerán errores crasos al querer pronosticar carácter y disposiciones mentales por el exámen de la externa superficie de la cabeza.» (*Manual de Frenología, pág. 20.*) Esta observacion del Sr. Cubí levanta una gravísima dificultad contra los pronósticos sobre las facultades mentales, formados por el exámen del cráneo; porque siendo indispensable atender al temperamento, es claro que el simple tamaño no es para el acierto una guía segura.

No se escapó al Sr. Cubí esta consecuencia, y así conociendo el uso que de su confesion pudiera hacerse, trató de prevenir la objecion añadiendo: « que como el temperamento sea el que fuere, es idéntico en todos los órganos cuyo conjunto forma el cerebro, su tamaño es casi siempre una medida exacta de la potencia mental que manifiestan.» Pero esta prevencion del Sr. Cubí no basta á desvanecer la dificultad; y esto por varias razones. Aun siendo idéntico el temperamento en todos los órganos que forman el conjunto del cerebro, podrá resultar que la actividad que les comunique sea igual, comparados entre sí los de una misma cabeza, mas de esto no se sigue que el tamaño sea una medida exacta; pues aquí no se trata de comparar los órganos de una misma persona sino los de diferentes. Expliquémonos con mas claridad, hasta admitiendo hipótesis favorables á la opinion contraria. Supondremos dos individuos de los cuales el uno tenga el temperamento linfático y el otro nervioso; si damos que el temperamento es igual en todos los órganos de cada uno de ellos, y que el efecto que produce con respecto á la actividad es idéntico, resultará que si en el primero el órga-

no del cálculo numérico por ejemplo, ateniéndonos solo al tamaño, es como 4, y el efecto causado por el temperamento es como 3, la actividad del órgano vendrá expresada por el producto de los dos factores, y por consiguiente será igual á 12. Entonces si examinamos otro órgano cualquiera del mismo individuo, por ejemplo la localidad, si el tamaño nos da 5, estribando en la misma hipótesis de la igualdad de la influencia del temperamento expresada por el factor 3, la actividad total estará representada por el producto de 5 por 3, ó sea 15; y así sucesivamente se irian determinando las demás facultades; pero cuando pasemos al exámen de la cabeza del otro individuo, ya no nos servirán para nada las suposiciones anteriores; entonces habrán cambiado los dos datos del problema; será preciso atender á nuevos tamaños y á nuevo temperamento, y así aun suponiendo que en el primero lo hubiésemos hecho con la precision que se ha dicho, lo que es mas fácil de imaginar que de ejecutar, ¿ cómo podria verificarse en el otro? Nada importaria que se dijese que en cada uno todos los órganos tienen un mismo temperamento; pues que tratando de diferentes individuos, lo que al uno se aplica podrá no ser aplicable al otro. Así pues segun esta doctrina siempre será preciso atender, á lo menos, á dos cosas: al tamaño y al temperamento, y combinar acertadamente la respectiva influencia; operacion que, segun parece, no ha de ser nada fácil.

Contra la indicada prevencion del Sr. Cubí milita además otra razon nada despreciable. Dada la igualdad de temperamento en todos los órganos de una misma cabeza, ¿ es bien cierto que la influencia de este sea igual tambien sobre todos ellos, de suerte que pueda estar expresada por un factor constante como mas arriba suponíamos? Esto es lo que se nos deberia probar. Personas conoce el que esto escribe, en quienes se nota para muchas funciones una inaccion, una especie de postracion, que quizás dimanen del temperamento linfático que en ellas predomina; y sin embargo para otras muestran una facilidad, una viveza que

contrastan de una manera singular con la apatía de las primeras. Esto, ¿no podría indicar que ciertos órganos se sienten más del temperamento que otros? y entonces ¿cómo será posible graduar estas diferencias? Es muy natural que el temperamento influya también sobre los órganos de los sentidos externos, pero no lo es tanto que esta influencia sea igual para todos. ¿Quién no ve, por ejemplo, lo mucho que va de la vista al oído, y lo muy diferentes que deben de ser las causas que contribuyan á la perfección respectiva? ¿y qué diremos comparando estos dos sentidos con el del paladar, el olfato y el tacto? ¿por qué no podrá suceder lo mismo con respecto á los órganos internos? Si realmente existiesen los dos órganos de la *alimentación* y de la *sublimidad*, ¿no es muy probable que las causas que los modificarían serían de orden muy distinto? En el caso de influir al mismo tiempo sobre ambos una misma causa, ¿no puede conjeturarse que este influjo obraría sobre el uno de muy diferente manera que sobre el otro? ¿no podría también acontecer que lo que para aquel fuese favorable, para este fuese dañoso? Vemos á cada paso que cierta disposición del cuerpo desarrolla ciertas facultades, mientras embota ó adormece las otras; lo que se verifica accidentalmente, ¿por qué no podrá suceder por ley constante?

Y cuando esto decimos, no pretendemos establecer nuestra opinión sobre ninguno de estos extremos; desde un principio hemos confesado nuestra incompetencia para el fallo, y así solo nos proponemos apuntar las dificultades que nos van ocurriendo, deseosos de que una discusión más abundante deje en su puesto la verdad.

Además, que el mismo Sr. Cubí conviene expresamente en que es muy difícil el pronóstico, cuando después de haber sostenido que el tamaño y forma del cerebro es con rara excepción idéntico al tamaño y forma de la superficie externa de la cabeza, restringe de tal suerte el principio que hace nacer la mayor incertidumbre sobre las probabilidades de acierto del arte en que dicho señor se ejercita.

Sus palabras son las siguientes: «Pero no siempre se desarrolla el cráneo de manera que se haga tan patente á la vista el crece ó desenvolvimiento extraordinario de uno ó más órganos cerebrales. Las fibras que los constituyen pueden adquirir mayor vigor, las venas y arterias que los reponen más ensanche y actividad, sin necesitar mayor espacio para obrar, ó con solo adelgazar el cráneo por la parte interior, sin que á la vista se haga inmediatamente muy perceptible: bien así como la textura de una pierna, que se vuelve con el bien dirigido y continuado ejercicio, más apretada, más compacta, más fuerte, sin que de golpe lo perciban los sentidos.» (*Ib. p. 20.*)

Aquí tenemos que el Sr. Cubí confiesa dos cosas á cual más notables: 1.º que en ciertos casos la fuerza de un órgano puede no depender del tamaño sino del mayor vigor de las fibras que lo constituyen, y del mayor ensanche y actividad de las venas y arterias que lo reponen. Luego al menos en estos casos el tamaño es un signo falible. Lo que sucede en estos ¿por qué no podrá suceder en otros y otros? ¿por qué se ha de suponer que el fenómeno sea extraordinario? ¿no vemos á cada paso que la fuerza de los miembros y de los órganos que tenemos á la vista no es proporcional con el tamaño de los mismos? ¿No es ley general de todos los seres corpóreos, que su actividad y demás calidades no dependen precisamente de su magnitud, sino también de la clase de partes y elementos que los forman, y de la manera con que aquellas y estos se arreglan y combinan? 2.º Que el cráneo puede adelgazarse por la parte interior, dejando mayor espacio á los órganos, sin que en la exterior se haga sentir el aumento. Otra prueba de que la configuración del cráneo puede conducirnos á equivocación, si por ella queremos pronosticar las facultades del alma.

El Sr. Cubí trata al parecer de disminuir el mal efecto que pudiera producir una confesión tan terminante, continuando: «Digo de golpe; porque á poco que se examine, deben percibirlo; puesto que una pierna, ó una cabeza, ú

otro órgano cualquiera, si se ejercitan mucho, tienen otra apariencia y son mas calientes al tacto por la mas rápida circulacion de sangre que hay en ellos, que una pierna, una cabeza ú otro órgano cualquiera, que se mantienen inactivos.» No negaremos que una parte muy ejercitada adquiere mayor fuerza, y que hasta presenta señales que no la dejan equivocar con otra que se mantenga inactiva; como vemos á cada paso comparando las manos que solo manejan libros ó plumas, con las que se ocupan en faenas penosas. Pero fácilmente se echa de ver que lo que puede conocerse muy bien con respecto á miembros, cuya contextura interior se presenta á la vista y al tacto, solo cubierta con endeble cutis, no es ni siquiera posible tratándose de órganos metidos dentro de una cavidad tan robusta y tan bien forrada como es el cráneo. No quedará pues otro medio que el mayor ó menor calor que se observe en la parte; pero ¿quién no ve á cuántas y cuán varias causas puede estar sujeto este fenómeno y cuán difícil es apreciar por este medio el desarrollo de los órganos internos? Enhorabuena que una cabeza muy caliente indique el estado de viva accion en que se hallen las funciones cerebrales; mas ¿qué sacaremos de aqui para formar juicio sobre el estado habitual de las mismas, ni sobre la mayor ó menor extension de las facultades mentales?

El mismo Sr. Cubí, tratando de *las condiciones desconocidas*, viene á confirmar lo mismo que estamos diciendo. «Nótanse á veces fenómenos de prodigiosa, sana actividad, especialmente en los órganos de la region superciliar, cuyas causas no pueden hallarse ni en su tamaño, ni en ninguna de las favorables circunstancias que pueden modificarlo. Comparado por ejemplo el tamaño del órgano del cálculo de Vito Mangiamele con el de otra persona que lo tenga normalmente desarrollado, lo consideraremos algo grande, si, pero de ninguna manera se presentará tan desmedido como debiera esperarse de su milagroso y sobrehumano vigor y rapidísima actividad. *Blaise Pascal* es otro singular fenómeno. A los once años encerrado en un

cuarto sin que jamás hubiese saludado á la geometría, inventó casi todas las proposiciones de Euclides, y á los diez y seis ya habia escrito una obra excelente sobre secciones cónicas. Bellini, Paganini y Rossini, no tienen al parecer los órganos, ni las favorables circunstancias conocidas, de cuya combinacion nace la música, mas desarrollados que otras personas, las cuales despues de haber pasado toda su vida estudiando aquella noble arte, nunca llegaron á ser mas que buenos compositores ó ejecutores.» ¿Puede darse argumento mas fuerte para hacer bambolear todo el edificio de la Frenología? Si en los casos mas notables y característicos, donde no caben ilusiones sobre la mayor ó menor fuerza de una facultad, la naturaleza nos muestra que no hay proporcion entre dicha fuerza y el tamaño del órgano cerebral, ni ninguna de las favorables circunstancias que puedan modificarlo, ¿cómo podremos estar satisfechos con los principios establecidos? Esto, se nos dirá, son raras excepciones; pero ¿quién nos lo asegura? ¿quién sabe si se repiten con tanta frecuencia, que lleguen á formar una regla? ¿cabalmente las leyes frenológicas salen fallidas en los casos en que mas de bulto debieran presentarse?

Pero oigamos de nuevo al Sr. Cubí. «Se cuentan casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios. *A ninguno de estos portentos les he hallado ni el órgano correspondiente cerebral, ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido*, á no mediar por aquella poderosa retentiva, alguna otra causa ó condicion auxiliar, que aun desconocemos. Walter Scott jamás se olvidaba de lo que habia una vez oido. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg se le presentó un dia con mucha pesadumbre por haber perdido un poema que hacia algun tiempo habia compuesto. Consolóle alter Scott diciéndole que creia poderle ser útil en recobrarlo; y en efecto á pesar de que no lo habia oido mas que una sola vez en su vida, lo dictó entero á su mismo autor quien lo habia olvidado. *Para tamaño retentiva, con-*

fiesa francamente Combe, *no tenemos ninguna señal externa*; si bien depende indudablemente de alguna condicion especial del cerebro.» Nuevos motivos para aumentar las dudas sobre los principios frenológicos. Y nótese bien, que hablando el Sr. Cubí de los casos milagrosos de memoria verbal, dice que el órgano correspondiente cerebral ni las circunstancias modificativas, tan prodigiosamente desarrolladas como debieron haber sido, no lo ha hallado en *ninguno* de estos portentos. Esta confesion que honra mucho la ingenuidad del Sr. Cubí, pues que da una prueba de que no repara en dar armas á sus adversarios cuando lo exige la verdad, ataca los fundamentos de la Frenología; porque nos inclina á creer que debe de ser una ley bastante general el que los principios de esta ciencia no son aplicables cuando se trata de facultades extraordinarias.

«El presentarse de vez en cuando estos casos milagrosos, dice el Sr. Cubí, en nada afecta ni la utilidad, ni los principios de la Frenología. Nunca se ofrecen donde no existe un desarrollo mas que regular y casi siempre grande de los órganos cerebrales y de las circunstancias favorablemente modificativas, de que les supone depender la Frenología, y de que en gran parte realmente dependen.» No podemos convenir en la opinion del citado escritor; y para que se vea la razon en que estribamos, preguntaremos ¿cuál es el principio fundamental de la Frenología? Si no nos engañamos, consiste en suponer el cerebro compuesto de muchos órganos, con cierta proporcion entre el tamaño de estos y las facultades mentales; es así que segun vosotros mismos una experiencia constante atestigua que esta proporcion no existe en los casos en que precisamente debiera hacerse mas sensible, luego tenemos grandes motivos para recelar que los principios frenológicos no están fundados en la naturaleza.

Parécenos que si en esta materia se han de hacer experimentos que puedan conducir á resultados verdaderamente científicos, conviene que se escojan objetos en que

las cualidades sean algo singulares; del contrario hay el riesgo de no determinar bien ningun fenómeno. En efecto: supongamos que para examinar el órgano del cálculo numérico se eligen cabezas comunes donde esta facultad no tiene mas que un desarrollo ordinario; será imposible adelantar nada. En primer lugar, ni el mismo que la posee es capaz de darse cuenta á sí mismo de la graduacion mas ó menos alta que disfruta. Sabrá que aprendió con mas ó menos facilidad, que calcula de la propia manera; pero ¿quién es capaz de formarse ideas exactas sobre esos *mas ó menos*? En segundo lugar, es necesario atender al tiempo gastado en aprender, al empleado en ejercitarse, la clase de operaciones en que se ha verificado la práctica, y á las circunstancias de vida, de fortuna, de carácter, que pueden haber avivado ó debilitado la atencion; es preciso pesarlo todo, combinarlo, compararlo, y viendo finalmente la destreza adquirida, cotejarla con el tamaño del órgano. ¿Quién es capaz de prometerse ni mediano acierto, teniendo que llevar en cuenta tantos y tan diferentes datos, á no ser que se trate de fenómenos muy marcados, y que ofrezcan, por decirlo así, abultado cuerpo á la observacion?

«De lo que acaba de exponerse, continua el escritor, no es difícil deducir que existe la posibilidad de pronosticar fuerza mental por el volúmen, configuracion y apariencia de la cabeza. Porque, si se sabe que el cerebro es la máquina que mueve el alma para manifestarse; si se sabe que las varias facultades del alma se manifiestan por medio de varias partes constitutivas del cerebro; si se sabe que el tamaño de un órgano es una indicacion segura por lo comun de su fuerza mental, y si por fin se sabe que lo mismo es ver ó palpar la superficie externa de la cabeza, para juzgar de la forma y volúmen del cerebro, que el mismo cerebro, salta á los ojos que segun sea el tamaño de un órgano cerebral, examinado en el exterior de la cabeza, así será la fuerza mental que él sea capaz de manifestar.» Respetamos las convicciones del Sr. Cubí en pun-

to á la certeza de la ciencia frenológica, pero quizás en este pasaje se abandona demasiado á su entusiasmo, pues que hasta tal punto lleva la seguridad de los pronósticos que se formen por el mero exámen de la superficie externa de la cabeza. Creemos que las dificultades que acabamos de presentar, si no son bastantes para destruir esta certeza, al menos pueden hacerla vacilar algun tanto; y sea cual fuere el juicio que de las mismas se forme, al menos será preciso convenir en que no son para despreciadas.

Y todavía conviene no olvidar, que al suscitar dudas sobre los principios frenológicos nos hemos ceñido á la teoría propiamente dicha; y no hemos descendido al exámen de su práctica, sino relativamente á un solo órgano comparado con su correspondiente potencia. Pero las dificultades propuestas adquieren mucha mayor fuerza, si se tienen en consideracion las complicaciones que por necesidad ha de traer consigo el exámen de muchos órganos á la vez, infringiendo por su tamaño la facultad del alma que indican.

Para no confundir las ideas, agrupando muchas de un golpe, hemos supuesto que el tamaño de un órgano podía examinarse tal como era en sí; suposicion que permitíamos, pero que estamos muy léjos de aceptar, y sobre la cual vamos ahora á decir nuestra opinion. Cuando se examina un órgano por medio del cráneo, aun cuando se suponga que la configuracion exterior corresponda exactamente á la interior, no podrá inferirse que se haya determinado el tamaño del que ocupa la localidad examinada. Para que esto pudiera inferirse con certeza, seria necesario saber si á mas de la parte del cerebro contenida en la concavidad indicada por la convexidad, no hay otra que se prolonga hácia lo interior, en esta ó aquella direccion, aumentándose así el tamaño del mismo órgano. Aclararemos nuestra idea con un ejemplo. Supongamos que examinando el órgano de la destructividad, hallamos una convexidad en el cráneo, que nos presenta un volúmen de media

pulgada cúbica; en la hipótesis de que la parte interior corresponde exactamente á la exterior, deduciremos que existe un órgano del mismo volúmen. Pero como no sabemos que este órgano acabe allí, á no ser que supongamos tambien que todos estén tan limitados á las concavidades del cráneo, como si pasasen planos secantes que les impidiesen extenderse por la parte de dentro, resultará que tendremos muy poco adelantado cuando conozcamos la parte indicada por la convexidad exterior.

Es evidente que así el cerebro como todas sus partes no son una mera superficie sino un volúmen; y que cuanto mas múltiplo se le suponga, tanto mas difícil se hará el determinar la porcion que de dicho volúmen corresponde á cada uno de los órganos. Considerando el cerebro como órgano único sería el exámen mucho mas sencillo; y si el tamaño debiese indicar las facultades mentales, los pronósticos estuvieran menos sujetos á error. Así por ejemplo, si diésemos que midiendo las dimensiones de un cráneo nos resultasen N. pulgadas cúbicas, para el volúmen del mismo, el valor de N. expresaria tambien el volúmen del cerebro; y como en tal caso no tuviéramos que distribuir esta cantidad entre los demás órganos, solo podríamos incurrir en la equivocacion que proviniese de la poca exactitud de la medida de las dimensiones, ó de la falta de correspondencia que hubiese entre lo interior y lo exterior de la cabeza. Pero suponiendo múltiplo el cerebro, cuando tengamos su volúmen total, nada habremos adelantado para determinar la fuerza respectiva de los órganos; porque el valor del volúmen expresado por N., será menester distribuirlo entre muchos, siendo evidente que semejante distribucion puede hacerse con mas ó menos igualdad y de infinitas maneras.

Para los que gusten profundizar mas la materia, y formarse ideas precisas y exactas, presentaremos la dificultad, valiéndonos de términos geométricos. Supongamos que examinando la superficie, hallemos que un órgano ocupa un casco ó casquete esférico de unas dimensiones

cualesquiera; ¿conocemos por esto el tamaño del órgano? ciertamente que nó: porque no sabemos si está limitado precisamente al segmento esférico, ó si extendiéndose por lo interior, se aproxima mas ó menos á un sector esférico, ó se prolonga en configuraciones irregulares. Y como es evidente que si esto se verifica será mucho mayor el tamaño, resulta que en no teniendo observaciones que nos demuestren cuál es la configuración de cada uno de los órganos, cuanto se diga sobre el volúmen respectivo estará tan destituido de fundamento, como si por la superficie de un casquete esférico pretendiésemos averiguar el volúmen que corresponde á porciones heterogéneas de una esfera, no sabiendo si por la parte interior se limitan al segmento, ó si llegan á formar sectores, ó conos truncados, ó si toman otras formas regulares ó irregulares.

Cuenta el Sr. Cubí 39 órganos, correspondientes á otras tantas facultades del alma; y como es probable que no se hayan descubierto todos, debemos inferir que en caso de que el cerebro fuese múltiplo, existirían otros que no conocemos, y que nos iría revelando la experiencia. Reflexione el lector si ha de ser poca la dificultad de deslindar los unos de los otros tratándose de una superficie tan reducida como es nuestro cráneo; que si á esto añade las precedentes consideraciones que se refieren á la configuración interior, á las ramificaciones con que pueden enlazarse, particularmente los que ocupan lugares inmediatos, echará de ver la necesidad de mantenerse en prudente reserva, siguiendo la regla que debe siempre guiar á quien se ocupe del estudio de la naturaleza, no prestar fácilmente asenso hasta verse obligado á ello por el número y certeza de las observaciones, y por la exactitud de los racionios que manifiesten la legitimidad de las consecuencias.

Pues bien, se nos dirá, ¿pensais que la Frenología es una teoría destituida de todo fundamento? ¿Opináis que no es mas que un sueño de algunos entusiastas? ¿Creeis que todos los hechos que exponen, que todas las razones que aducen son puras falsedades y quimeras? No decimos tan-

to: insiguiendo en nuestro sistema de respetar las convicciones ajenas, nos hemos abstenido de calificaciones duras, y hemos hablado de las personas con el debido decoro. Mas diremos: si se nos pregunta si estamos convencidos que el cerebro sea órgano único, responderemos que en nuestra opinion este es todavía un secreto de la naturaleza; si se nos pregunta, si juzgamos imposible la multiplicidad de los órganos cerebrales, responderemos que nó; pues de la propia suerte que todos estamos acordes en que el cerebro es órgano del alma, entendiendo esta expresion en el sentido arriba explicado, tampoco es lícito negar que Dios en vez de darle uno solo, podria haber formado el cerebro compuesto de varias partes de tal manera que cada una ejerciese su funcion peculiar; si se nos pregunta si creemos que bajo este aspecto nada tenga que hacer la ciencia, y que la observacion de las cabezas se haya de descuidar como cosa enteramente inútil y vana, responderemos que nó; porque es indudable la relacion entre el cerebro y las operaciones del alma, y porque la simple vista de las testas de los talentos extraordinarios, está indicando que hay aquí algo que estudiar. ¿Quién no ha reparado en la espaciosa frente de casi todos los hombres célebres por su elevada capacidad? Las señales que nos da la inteligencia ¿por qué no podrian darnoslas otras facultades?

Esta confesion está manifestando que escribimos con imparcialidad, con buena fe, deseosos de que la verdad brote radiante y pura del mismo choque de las discusiones. Pero por lo mismo que este fin guia nuestra pluma, somos enemigos de la exageracion, y no podemos consentir que pase por cosa cierta lo que es muy dudoso, y que se dé por fallada la causa cuando pende todavía en el tribunal de la razon.

¿Quién negará que la observacion de las fisonomías no pueda servir en algunos casos para conjeturar sobre algunas cualidades personales? Nadie ignora lo mucho que se ha escrito sobre este particular; como y tambien que la

demasiada importancia que se quiso dar á este arte, contribuyó á su descrédito. Somos amigos de la verdad, y por lo mismo no lo somos de la exageracion: que la exageracion mata las doctrinas como los partidos.

*No alas, sino plomo:* máxima que no nos cansaremos de repetir, porque jamás la tiene demasiado inculcada el espíritu humano. Si Bacon volviese al mundo todavía encontrara en qué ocuparse. Hablando el Sr. Cubi de la filosofía de Descartes, dice que si la Frenología no hubiese hecho mas que ahorrar en lo sucesivo el precioso tiempo que ingenios privilegiados emplearian en fútiles especulaciones de esta clase, todavía sería acreedora á las alabanzas que se le tributan; creemos que el Sr. Cubi hace á la Frenología un honor que no le corresponde, pues no ignora dicho señor que no es Gall quien ha desterrado los sistemas hipotéticos. Como quiera, conviene guardarse de ellos, y en tratando de establecer proposiciones en materia de ciencias naturales, lo que importa son hechos, y no mas que hechos. Esta es nuestra opinion, la misma que manifestamos ya en el primer artículo cuando decíamos: «Como las ciencias naturales, á las que esta pertenece tambien, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía mas ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester, primero: que se nos pruebe que el cerebro está distribuido en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una funcion determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que se nos muestre que por la simple inspeccion ó contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precision las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educacion, de la instruccion, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pue-

den resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan donde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delineacion: ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.»

Por lo tocante al modo con que debe hacerse uso de la ciencia, repetiremos tambien aquí lo que dijimos allí. «En breve, deseamos que el Sr. Cubi eleve la Frenología á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningun pretexto á que se la pueda tachar de ilusion y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se le quite nada de lo que le corresponde, ni se le atribuya lo que no le pertenece. La exageracion excita quizás un entusiasmo momentáneo; solo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.»

Otro dia nos ocuparemos de la Frenología en sus relaciones con la religion y la moral. Procuraremos aclarar las ideas para que los incautos no incurran en errores peligrosos. Ni disimularemos la verdad, ni reprenderemos sin motivo: porque deseamos que nuestros escritos lleven el doble sello de la austeridad de la razon, y de la imparcialidad de la justicia. — *J. B.*